

ORIENTACIÓN PASTORAL

CONTENIDO

Prólogo	3
Introducción	4
Capítulo I.- EL MINISTERIO POR EXCELENCIA	6
A.- Apóstol-pastor	6
B.- Profeta-pastor	7
C.- Evangelista-pastor	8
D.- Maestro-pastor	9
Capítulo II.- EL PASTOR COMO PADRE	11
A.- Sistema griego	11
B.- Sistema hebreo	12
C.- Tratamiento epistolar	13
D.- La importancia de ser padre	14
Capítulo III.- EL MODELO	17
A.- El buen pastor	17
B.- Diferencia	18
C.- Semejanza	19
D.- Relación con las ovejas	20
E.- Vocación misionera	20
Capítulo IV.-ACTITUD PASTORAL	23
A.-Hacia sí mismo	23
B.- Hacia los demás	26
Capítulo V.- LA AUTORIDAD	33
A.- El principio de la autoridad	33
B.- Ejercicio de la autoridad	34

PROLOGO

Tal como en la antigüedad Dios llamó a diversos hombres para representarle en alguna función específica, en estos tiempos modernos, busca hombres y mujeres de corazón conforme a El, a fin de que sean sus voceros ante la congregación de los justificados por la sangre de Jesús, y ante un mundo materialista y desequilibrado, que de manera vertiginosa marcha hacia la destrucción.

Dios busca voceros, embajadores fieles que le representen competentemente. Qué tremenda responsabilidad la de administrar la gracia divina, de tal manera, que ésta supla las necesidades del pueblo, y aun las del mundo en tinieblas, que clama como la creación toda por la manifestación de los hijos de Dios.

No hay otra forma para lograrlo, que poner en marcha el ministerio a la manera del Señor Jesús.

En un tiempo en que la dialéctica supera a la acción, este libro es una luz que ilumina el horizonte de los que anhelan, de todo corazón, seguir las pisadas del Maestro. Se trata del testimonio fiel de quien dice lo que cree y vive lo que dice.

Autor incansable, su pluma no reposa, sino que se abre paso con gran atractivo, pero no con menos autoridad, marcando rutas a veces poco transitadas por las que lo van llevando su gran sensibilidad y su sólida comunión con Dios, de quien proviene su fuerza expositora.

Sus sencillas reflexiones acerca de la paternidad que tiene que poseer –como condición sine qua non- aquel que desea obispado, recrea el alma y dispone el corazón para el servicio según el orden de Melquisedec.

El Señor que dijo a Pedro apacienta mis ovejas, es el mismo que te dice a ti, por medio de este volumen, apacienta mis corderos. Es menester tener en cuenta que las ovejas y los corderos son «hijos», y el pastor o ministro modelo del Buen Pastor, nuestro Señor Jesucristo, y por tanto «padre».

«Los hijos no crecen por la enseñanza sistemática - dice el autor de Congregados para darle Gloria- sino por el cuidado y la alimentación, que no es la letra fría de un estudio bíblico estereotipado. Es el calor del hogar, la caricia de la madre, la protección del padre, la presencia de Dios».

Los que le reconocemos como padre espiritual damos fe de que estas palabras escritas por él, han sido puestas por obra, aun con sacrificio.

Quiera el Señor llenar muchas vasijas con Su Amor incomparable, para que puedan ser, como lo ha sido y lo es Jorge Pradas (Papi), una fuente de agua en medio del camino.

Cristina de Palacio.

Introducción

Después de haber utilizado el presente trabajo en la preparación pastoral de una buena cantidad de alumnos de Institutos bíblicos, pareció oportuno publicar, como hoy lo hacemos, todo el contenido de este estudio en un ejemplar al alcance de muchos; puesto que el presente trabajo ha sido difundido a pastores ya en ejercicio, ellos mismos han aconsejado que procedamos a esta publicación.

Por cuanto el presente estudio alcanza no sólo a hombres y a mujeres con vocación pastoral no ejercida todavía en las congregaciones, sino también a hermanos ya ejercitados en ese ministerio, como antes señalamos, hemos modificado el título que tenía este trabajo en un principio.

Su título era: «Preparación pastoral».

Es, por lo apuntado, que el título debía ser adecuado a sus alcances probados ya.

Por tanto deseamos que esta «Orientación Pastoral», sirva a un más amplio sector de hombres y mujeres que se preparan para una tarea encomendada por el Señor, y también a aquellos que ya desempeñan este ministerio.

La advertencia orientadora que queremos dar antes de introducirles en el estudio propiamente dicho, es que, como diremos más adelante, el ministerio pastoral sea tomado muy en serio, puesto que, a nuestro entender, es la base de todos los ministerios puestos por el Señor.

De esta manera eliminaremos mucha mediocridad en la doctrina, afanes de gloria personal, e inútiles sufrimientos no enviados por el Señor; todo lo cual, a veces vemos manifestado en el desempeño de la tarea de algunos siervos de Dios.

A menudo, los defectos que hemos señalado son a causa de una inadecuada orientación, que pretendemos corregir y enfocar bien, para el correcto desempeño, a fin de evitar la frustración, para alentar en el sentido de que no sea tomado un camino equivocado, y para la salud de la Iglesia.

Dios quiera que podamos colaborar en este empeño, en que entendemos, estarán insertados los que nos lean.

CAPITULO I

EL MINISTERIO POR EXCELENCIA

El ministerio por excelencia es la reunión de todos los ministerios que se nombran en *Efesios 4*, los cuales los poseyó y desempeñó el Señor Jesús.

Si bien son distintos y en la práctica no son desempeñados juntos, en una buena medida por los siervos del Señor, destacándose unos de otros, sí debe ser la aspiración de todo obrero de Dios administrar cada uno de estos dones.

Son las Escrituras la aseveración de lo que decimos acerca del Señor Jesús:

Jesús como apóstol (*Heb. 3:1*)

Jesús como profeta (*Hch. 3:22.23*)

Jesús como evangelista (*Mt. 4:23*)

Jesús como pastor (*Jn. 10:11 y 1° P 2:25*)

Jesús como maestro (*Jn. 13:13.14*)

El apóstol Pablo admite que los creyentes no poseemos todos los ministerios (o dones para el servicio), cuando en 1° a los *Corintios 12:29* reconoce que no todos son apóstoles, profetas, etc. Sin embargo, el hecho que seamos animados a ser como Jesús, nos abre las puertas a la sana intención de poseer todos los ministerios.

Quizás para algunos esto aparezca como una aspiración desmedida, pero veremos que no lo es, si es que la vocación del siervo del Señor es una vocación pastoral, puesto que la base de todos los ministerios es el ministerio pastoral.

Además la Biblia enseña que desear obispado es una buena obra (*1° Tim. 3:1*).

Reforzamos este argumento llamando a fijar la atención en *Efesios 4:13*, que después de dar la lista de los ministerios a que nos estamos refiriendo, nos ordena llegar a la unidad de la fe, y a la plenitud de Cristo.

A.- APOSTOL - PASTOR

El ministerio apostólico está jerárquica y funcionalmente en un nivel superior al ministerio pastoral, por el hecho de que el texto en 1° a los *Corintios 12:28* señala la prioridad de este ministerio, junto con *Efesios 2:20* que equipara el ministerio apostólico con el profético y señalan a ambos como fundamentales.

Desde el punto de vista geográfico, también el ministerio apostólico, abarca más que el ministerio pastoral, ya que este último es un servicio que se presta en el orden local, mientras que el servicio que ejerce un apóstol es translocal, y puede abarcar hasta lo último de la tierra.

Todos los servicios que se llevan a cabo en el Reino de Dios empiezan de lo poco y se proyectan hacia lo mucho.

“En lo poco has sido fiel, en lo mucho te pondré” (*Lc. 19:17*). Esta frase nos muestra bíblicamente lo que estamos señalando. Luego, entonces, deducimos que para llegar a ese primer puesto que es el ministerio apostólico, tenemos que empezar desde abajo. No necesariamente habrá que desempeñarse primero en los restantes ministerios que se encuentran en el camino, ya que la palabra anotada va de lo poco a

lo mucho, sin señalar lugares intermedios. Pero es sano pasar por esos lugares si fuera necesario. De hecho propendemos a ejercer todos los ministerios de *Efesios 4*.

Si se ha experimentado el ministerio de pastor, viviéndolo en profundidad, será éste de gran ayuda para aplicarlo en el servicio translocal al acceder al ministerio apostólico. El ministerio pastoral es, en escala, el ministerio del apóstol.

Ya que la función del apóstol es orientar a grupos de pastores cargados con el peso de la obra local, el que ejerce ese ministerio de mayor jerarquía, al haber experimentado el trabajo como pastor, tendrá mayor fuerza argumental y espiritual para ayudar a los pastores que estarán sujetos a él, por los cuales, el apóstol tendrá que responder ante Dios.

Al mismo tiempo le resultará fácil y ligera la carga, como asegura el Señor en *Mateo 11:30*, pues habrá pasado por las experiencias iguales y similares por las que estará pasando aquel que le estará pidiendo consejo.

Como para ser pastor habrá tenido que tener un corazón de padre, le servirá esa experiencia para no enseñorearse de los pastores sino ejercer una autoridad en amor.

Para la planificación de la obra translocal, le servirá al apóstol haber tenido que hacer diseños para el crecimiento de la iglesia local.

Con todo lo expresado no nos atrevemos a decir que el ministerio pastoral es básico, o el fundamento en que descansan los otros ministerios (a los que dedicaremos un apartado en particular más adelante); pero sí que nos atrevemos a decir que el ministerio pastoral, por lo elemental, es imprescindible haberlo ejercido, para poder llevar a cabo, con eficiencia, el ministerio apostólico que nos ocupa, como así también los demás ministerios.

B.- PROFETA - PASTOR

La misma trayectoria seguida por el ministerio al que nos hemos referido anteriormente es la que se sigue con el ministerio profético.

Cuando mencionemos al pastor como padre entenderemos mejor lo que tratamos de decir: Es necesario ejercer el ministerio pastoral antes de entrar a ministrar en otro nivel.

Uno de los sufrimientos más frecuentes del pastor con respecto a las ovejas a las que debe cuidar, se origina en la desaprensión de ciertos “profetas” que indiscriminadamente dan la palabra sin un bálsamo que la acompañe, dando como resultado la auto-condenación del hermano que ha recibido la palabra; lo cual equivale a destruir y no a edificar, tal como debe ser el ministerio del profeta del Nuevo Testamento (*1° Cor. 14:3.4*).

Si el siervo del Señor ha sido pastor antes de ejercer el ministerio profético, tendrá en cuenta lo que sufrió con los profetas que no han sido pastores anteriormente, por lo cual también, tendrá sumo cuidado en como comunicar la palabra recibida de parte de Dios.

A veces sucede con los profetas no ejercitados en el ministerio pastoral, que la palabra dada ni siquiera proviene de Dios. Pero aunque de Dios provenga, se tendrá que considerar que no hay que darla al estilo del Antiguo Testamento, sino que ahora

vivimos en la época de la gracia, porque “la ley fue dada por medio de Moisés, pero la gracia y la verdad vinieron por medio de Jesucristo” (Jn. 1:17).

C.- EVANGELISTA - PASTOR

Modernamente asociamos al evangelista con el predicador de una campaña multitudinaria.

Parece haber pasado de moda el evangelista que hacía colportaje, llevando con él un cargamento de Biblias, de cuyo trabajo se ha registrado mucho fruto.

Pero, evidentemente, los tiempos han cambiado y no tenemos mucho que decir en este aspecto, tratando de señalar que “cualquier tiempo pasado fue mejor”. Creemos que las campañas multitudinarias tienen su razón de ser, y que también registran mucho fruto.

Lo que no nos parece tan bueno es el desapego que el moderno evangelista tiene para con los que se convierten por su poderoso mensaje.

Pensamos que debe revalorarse la condición del convertido en la relación con el predicador.

Quienes han respondido al mensaje y, por lo consiguiente, se han convertido, deben considerarse hijos de quien les ha dado el mensaje, y el dador del mensaje debe considerarlos a ellos, sus hijos.

Se dirá ante lo expuesto que no se puede pretender que los centenares y miles que a veces se convierten en las campañas, sean atendidos paternalmente por el evangelista. Admitimos que esto es imposible en lo natural, pero que no se debería descuidar una actitud en el espíritu del evangelista, que llevará a considerar a los tales como hijos nacidos de Dios.

Y recalcamos **nacidos de Dios**, puesto que como Ana, madre por excelencia y ansiosa de tener un hijo, una vez nacido, entregó a Samuel al Señor porque entendió que su hijo le pertenecía a Él.

Decimos esto porque vemos con preocupación la aureola artificial que se fabrica en torno a hombres de Dios, peritos en la exposición del mensaje de salud, que corren el riesgo de entrar en un profesionalismo que no tiene nada que ver con lo encomendado en Mateo 28:19: «...id y haced discípulos en todas las naciones».

Asociaciones prestigiosas en evangelismo, reconocen el mínimo porcentaje de los frutos producto de la semilla caída en la buena tierra; y esto sucede, porque el evangelista no ha sido pastor, y si lo ha sido, no ha llevado el ministerio pastoral como un padre.

Queremos dejar bien claro que no nos mueve un espíritu de crítica, ni siquiera de la mal llamada constructiva. Nos mueve el pensar que aun ante la imposibilidad de relacionarse con tantos convertidos como con hijos, es tarea del evangelista considerar en su espíritu, que realmente, por voluntad de Dios, a estos convertidos los ha dado a luz él, predicando el mensaje de poder.

Quizás no mirando tanto el éxito que proporcionan los números sino sabiendo el valor de cada persona, con un criterio pastoral, se predicará el mensaje con mayor claridad.

Por eso decimos que sería bueno que el evangelista, aun el que va de casa en casa, si es que lo hay, tuviera en su vocación el ejercicio del ministerio pastoral.

D.- MAESTRO - PASTOR

Si leemos con atención Efesios 4:11, entenderemos que el ministerio de maestro es uno con el de pastor; por lo cual no tenemos ninguna necesidad de argumentar a favor de esa dualidad, como lo hicimos con los anteriores ministerios.

Sin embargo, diremos que es muy beneficioso que el pastor que debe ejercer su ministerio como padre (cosa que veremos inmediatamente), sea el maestro del miembro de la iglesia que tiene que aprender.

Si esta práctica resulta en una ocupación más de las múltiples que tiene un pastor, entonces será conveniente que el ministerio de maestro lo ejerza un tercero con el espíritu de pastor.

No obstante insistimos en lo de Efesios 4:11. El ministerio de maestro es uno junto al ministerio de pastor.

CAPÍTULO II

EL PASTOR COMO PADRE

Si el ministerio por excelencia es reunir en una persona todos los ministerios que encontramos en *Efesios 4*, siguiendo el ejemplo del Señor Jesús para llegar a su plenitud (*vers. 13*), debemos saber que habrá que comenzar con el ministerio elemental de pastor.

De lo que vamos a tratar en este presente capítulo es del ejercicio de este ministerio pastoral con un espíritu de padre.

La palabra padre nos habla del aspecto paternal que deberá tener dicho ejercicio, y la palabra toma connotaciones sospechosas cuando se transforma en paternalismo.

No debe asustarnos este «ismo», pues estamos teniendo como modelo de padre a Dios, que en la revelación de Jesucristo fue capaz de dar su vida por nosotros.

Sin embargo, tendremos que buscar en la Biblia, explícita o implícitamente, la declaración que nos autorice a señalar, como lo hacemos, que el ejercicio del ministerio de pastor ha de ser llevado a cabo con un espíritu paternal.

A.-SISTEMA GRIEGO

Toda institución para que sea ordenada y duradera, debe tener un gobierno. Gracias a la cultura helenística puesta en práctica por la civilización greco-romana, ha llegado hasta el mundo occidental la democracia, que al decir del desaparecido estadista Winston Churchill, no es el sistema de gobierno ideal, pero es el mejor que existe.

Con la cantidad de errores que a ese sistema le añade la administración humana, decimos con el célebre estadista: «es lo mejor que tenemos».

Ahora bien, ocurrió un hecho trascendental en la historia con la llegada del cristianismo, que ponía otro gobierno dentro de los gobiernos de las naciones. Y esto fue la institución de la Iglesia de Cristo.

No es nuestro propósito en este pequeño volumen incursionar en la historia, solamente diremos lo que ya muchos reconocen: que la Iglesia del Señor, por medio de sus representantes, fue dejando las sabias enseñanzas de Cristo, para constituirse en un poder político dentro de las naciones.

No obstante, y a pesar de que el papado no era un sistema de gobierno paternal sino autoritarista, la cultura greco-romana pugnó por introducirse en la Iglesia.

Lo que había sucedido es que el cristianismo dejó sin religión a aquella civilización; y el paganismo sufrió con esto un golpe mortal, y a modo de venganza, esa cultura ha tratado de introducirse en la Iglesia del Señor. En algunos casos lo ha conseguido y estos casos tocan muy de cerca a las iglesias que conocemos, con las que estamos relacionados, y aun puede ser a la organización a la que pertenecemos.

En algunas de estas organizaciones, el gobierno democrático ya es un hecho tomado como normal. Además de esto, lo que debe tenernos más alerta es la filosofía humanista que ello conlleva, y por lo tanto completamente alejada del pensamiento bíblico.

Si la Iglesia fuera una institución humana podríamos celebrar lo que acabamos de decir, pero no lo es.

Está en el mundo, pero no pertenece al mundo (*Jn. 17:15.18*). Por lo tanto, el destino de la Iglesia está regido por Dios a través de sus ministerios, de los cuales, uno de ellos es el del pastor.

Este peligro que ya hoy campea por algunas organizaciones eclesíásticas, lo advirtieron tempranamente los apóstoles. La lectura de sus escritos da a entender la lucha para diferenciar la Iglesia del mundo (*Hch. 20:28; Rom. 16:5; Ef. 1:22; 5:23; 1º Tim. 3:15*).

Donde vemos más marcada la diferencia entre la Iglesia y el mundo es en el nuevo mandamiento que el Señor Jesús da a sus discípulos, al decirles que se amen como El los ha amado (*Jn. 5:17; 13:34.35*).

El núcleo de esta diferencia se aprecia prácticamente en la función de su gobierno, que al estilo helenístico es el gobierno del pueblo; pero al estilo de Dios es el gobierno teocrático, llevado a través de quienes tienen que ejercerlos como padres.

Así se desprende del tratamiento epistolar a las iglesias y así funciona desde toda la eternidad en la Trinidad Santísima, donde la primera persona de las tres en una es el Padre.

El sistema democrático funciona en el mundo, pero la Iglesia es la expresión visible del Reino de Dios.

B.- SISTEMA HEBREO

El sistema de gobierno en la Iglesia no ha variado con respecto a lo que encontramos en el Antiguo Testamento, en lo que se refiere a la autoridad patriarcal, o por decirlo de una manera más acorde al pensamiento moderno, la autoridad paternal.

Si bien es cierto que las formas y algunos conceptos han variado, por lo que se desprende de la lucha teológica de Pablo contra los judaizantes, el sentido del gobierno teocrático a través de seres humanos no ha cambiado. Por lo cual, podemos aseverar que la Iglesia no debe gobernarse democráticamente, obedeciendo a la cultura helenística, sino por medio de la cultura hebrea que es el sistema patriarcal.

Daremos a continuación el argumento inicial de lo que estamos indicando, diciendo que el patriarca Abraham (*Heb. 7:4*), de acuerdo al Nuevo Testamento, es nombrado como “padre de la fe” o “padre de los creyentes” (*Gal. 3:7*); con lo cual no hay que hacer ningún esfuerzo para entender el sistema que promulga el Nuevo Testamento para la sujeción y obediencia de un creyente a un padre, no a un congreso, ni a un presidente, a un general o a un juez. Es nada menos que a un padre, como la etimología de la palabra patriarca así lo indica.

Moisés, el libertador de Israel de la esclavitud de Egipto, no es nombrado literalmente como patriarca, pero al ponerlo Dios en la responsabilidad más alta para guiar a su pueblo, y estudiando las facetas de su carácter y de sus hechos, podemos sacar la

conclusión de que no estamos frente a un caudillo, sino frente a un padre. En Números 12:3 se lo nombra como el hombre más manso de la tierra, y en el mismo capítulo podemos observar su actitud intercesora hacia quienes han murmurado contra él, actitud comparable a la de un padre con sus hijos.

El aceptar el consejo de su suegro también marca la faceta de su carácter manso y humilde y lleno de autoridad, por el principio de su voluntaria sujeción (*Ex.18:13.27*).

Cuando Dios le anuncia que no entrará en la tierra prometida, la respuesta no es una protesta ni una auto-justificación por lo que no hizo bien, sino que su preocupación es que el Señor ponga a otro al frente en el lugar de él, «*para que la congregación de Jehová no sea como ovejas sin pastor*» (*Nm. 27:16.17*).

Todo esto que no fue reprochado por el Señor Jesús, sino avalado por sus palabras: «*porque si creyéreis a Moisés me creeréis a mí, porque de mi escribió él*» (*Jn.5:46*), nos afirma en la vigencia del sistema hebreo de gobierno (y no en el sistema helenístico), para la Iglesia del Señor.

Con todo lo dicho y el aval de haber vivido durante treinta años, eclesiásticamente, bajo esta forma hebraica de gobierno, y habiendo comprobado que bajo el sistema patriarcal está la bendición de Dios, animamos al resto de la Iglesia, que aún no vive bajo esas directivas, trate de considerar, por lo menos, lo que estamos diciendo, que está refrendado por las palabras dichas a Abraham, prometiéndole bendecirle a él y a cuantos le bendigan (*Gén. 12:1.3; 22:15.18*).

C.- TRATAMIENTO EPISTOLAR

Las epístolas en las que se manifiesta lo que ya hemos señalado con respecto de la «paternidad pastoral», son, reiteramos, las de Pablo y Juan.

Por la brevedad de las epístolas de los otros autores, no se ve el trato que tenían los apóstoles (pastores) con los demás miembros de la Iglesia; pero tanto Pablo como Juan dan una clara evidencia de su defensa del sistema patriarcal, con el trato que estos dos «padres» dan a los fieles, destacándoles como hijos.

El argumento que emplea Pablo en *1º a los Corintios 4:14.17*, es por demás elocuente y clarificador a favor de lo que venimos señalando.

Después de explicar Pablo, en qué consiste el ministerio apostólico que los corintios no habían apreciado en su verdadera dimensión, les explica que no quiere avergonzarlos, sino que les exhorta como «*hijos míos amados*», recordándoles luego que el fundamento del evangelio, en cuanto a ellos, lo puso él, pues los engendró en Cristo Jesús por medio del evangelio, y refuerza su argumento acerca de la paternidad apostólica o pastoral, con el título que en el verso 17 le da a Timoteo: «*mi hijo amado*».

Pablo sigue el mismo curso de pensamiento en la epístola a Filemón, cuando al escribirle acerca de Onésimo, nombra a éste como «*mi hijo Onésimo, a quien engendré en mis prisiones*» (*vers. 10*); y esto no era sólo un título, sino la expresión profunda del sentimiento de un padre con respecto a su hijo, lo cual nos demuestra cuando añade en el versículo 12: «*recíbele como si fuera mi propio corazón*».

En estos textos que transcribimos a continuación, se puede apreciar este sentimiento paternal que acabamos de señalar:

«*Pero ya conocéis sus bien probadas cualidades, que como **hijo a padre** ha servido conmigo en el evangelio*» (Fil 2:22).

«*...así como también sabéis de qué modo, como el **padre a sus hijos**, exhortábamos y consolábamos a cada uno de vosotros*» (1° Tes. 2:11).

«*...a Timoteo, **verdadero hijo en la fe***» (1° Tim. 1:2).

En la epístola a los hebreos, que probablemente es otro de los escritos de Pablo, en el texto del capítulo 12, versos 4 a 10, se señala la relación con Dios y la relación con los padres naturales, como la fórmula vigente y eficaz para participar de la santidad.

Con Juan se repite el mismo tratamiento hacia los creyentes: (1° Jn, 2:12; 2:18; 3:18).

Es cierto que el ministerio de Pablo y de Juan no era pastoral, sino apostólico; sin embargo, hemos marcado la necesidad que tuvieron, seguramente, como todo apóstol, estos dos siervos de Dios de pasar por el ministerio pastoral para acceder al ministerio apostólico, tal como nos enseñan las epístolas. Por otra parte, si ese ejemplo de paternidad de ambos apóstoles le es digno de imitar a todo seguidor de Cristo, razón de más, que este ejemplo sea imitado por los que ejercen el ministerio pastoral.

En los siguientes textos bíblicos vemos la declaración de parte del Espíritu Santo, sobre la necesidad de imitar lo que los apóstoles nos vienen enseñando desde sus escritos.

«*Os alabo, hermanos, porque en todo os acordáis de mí, y retenéis las instrucciones tal como os las entregué*» (1° Cor. 11:1).

«*Hermanos, sed imitadores de mí, y fijaos en los que así se conducen según el modelo que tenéis en nosotros*» (Fil, 3:17).

«*...a fin de que no os hagáis perezosos, sino imitadores de aquellos que por la fe y la paciencia heredan las promesas*» (Heb. 6:12).

«*Amado no imites lo malo, sino lo bueno...*» (3° Jn. 11).

D.- LA IMPORTANCIA DE SER PADRE

El quinto mandamiento del Decálogo está referido a la bendición que se obtiene por el cumplimiento del deber de honrar a los padres. Evidentemente esto habla muy a favor de que Dios auspicia la sujeción a los progenitores, porque la cabeza de la familia es el padre.

El ejemplo más elocuente de lo que acabamos de decir es la historia que Jeremías cuenta acerca de Jonadab, hijo de Recab, cuyos hijos fueron ejemplo de obediencia, marcando por lo tanto la importancia de la función paternal, aprobada indiscutiblemente por Dios.

Esto se ve muy claro en la lectura de *Jeremías 35:1 al 19*.

En este relato se destacan, por un lado, la obediencia de los recabitas hacia su padre Jonadab; y por el otro lado la aprobación de Dios hacia esa obediencia opuesta al mandato divino.

El caso puntual era que Jonadab había ordenado a sus hijos que jamás bebieran vino, y sin embargo, Dios había ordenado a Jeremías que llevara a los hijos de Jonadab a

un aposento, mandándoles beber vino, a lo que respondieron los hijos, que lo tenían prohibido por su padre.

Nuestra lógica natural y religiosa nos haría reaccionar de la siguiente manera: si Dios lo ordena, es más importante obedecer a Dios que a los hombres. Sin embargo Dios no se enojó porque los hijos decidieron obedecer a su padre, pues El, seguramente, había decretado ese momento para enfatizar Su aprobación a la obediencia hacia el padre y por consiguiente señalar la importancia de la autoridad paternal. Con este hecho, no nos cabe la menor duda de que la sujeción a la cabeza de la familia cuenta con el respaldo de Dios.

No solamente Dios no se enoja, y sé que lo aprueba, sino que dice en el *versículo 19* de este *capítulo 35* de *Jeremías* «*No faltará de Jonadab, hijo de Recab, varón que esté en mi presencia todos los días*».

Otro argumento bíblico para demostrar desde otro enfoque la importancia de esto a que nos estamos refiriendo, es la descripción que en *Números 30* se nos hace de los votos de la mujer soltera, que tenían validez o no de acuerdo al criterio de su padre.

La mujer casada dependía de la apreciación de su marido con respecto a los votos.

Todo ello nos habla del sistema patriarcal hebreo que no está invalidado, de ninguna manera, en el Nuevo Testamento. Y lo que no está abolido expresamente, tiene vigencia.

En el *capítulo 1*, hemos hecho resaltar la importancia de ser pastor; en el punto que nos ocupa, vemos la necesidad de que el pastor tenga un corazón de padre. Si tiene que ser buen pastor, tendrá que ser buen padre también; y esto está de acuerdo con las Escrituras.

De esta manera, seguramente, se logrará que la Iglesia sea más parecida a un hogar bien constituido, que a cualquier otra cosa, como ha sucedido a través de la historia y como es de lamentar sucede hasta nuestros días.

CAPITULO III

EL MODELO

Para todo creyente, el modelo para seguir e imitar es, indudablemente, la persona de Dios en el Señor Jesucristo. Varias escrituras nos hablan de ello, como por ejemplo 1° de Pedro 2:21 que nos insta a seguir las pisadas del Señor; *Filipenses 3:10* que nos dice de la semejanza que debemos adquirir de Cristo en su muerte; 1° Jn. 3:2, que nos promete llegar a ser como El es, cuando le veamos con nuestros ojos, lo que entendemos que es una frase eminentemente espiritual; y por último, el mandamiento de ser iguales a Dios en su santidad (*Lv. 11:44; 1° P 1:15*).

También es un mandamiento tomar como modelo a Sus ministros como se nos relata en *Hebreos 13:7*, en cuanto reflejan las virtudes de Cristo.

Por supuesto que el modelo principal es el Señor, en el cual no hay ningún defecto; en la imitación a sus ministros quizás imitemos alguna incoherencia, pero en ese caso no seremos culpados por el error cometido de buena fe, pues Dios es más comprensivo que nosotros.

Muchas veces, donde nosotros aplicamos severidad y pretendida justicia, Dios aplica su misericordia. Pero eso es otro tema.

Lo que importa es que para la Orientación Pastoral que estamos pretendiendo dar, el pastor como miembro del cuerpo de Cristo y como ministro de este cuerpo, debe poner sus ojos en el modelo del Príncipe de los pastores que es el Señor Jesucristo (*1° P. 5:4*).

El hecho concreto es que este modelo de pastor lo tenemos explícitamente indicado en los primeros versículos de *Juan 10*, y más concretamente cuando de Su boca sale la palabra: «Yo soy el Buen Pastor» (vers.11).

A.- EL BUEN PASTOR

Ya acabamos de ver que el Buen Pastor es el Señor; y también hemos visto que es a El a Quien debemos imitar.

Si no lo imitamos a El, aun pudiera ser que alguien llegara a ser pastor, pero nunca será «buen pastor», ni siquiera en minúscula. Debemos tener en cuenta que el Señor, en todo momento, estará por encima de los demás pastores, aun cuando se llegue en la imitación a su semejanza.

Podemos llegar a ser buenos pastores, pero El siempre será el Buen Pastor, con mayúsculas.

De esta manera se evitará caer en graves errores doctrinales, en los que otros han caído, llegando a creerse, o a simular ser, Jesús reencarnado en la tierra.

Podemos ser semejantes al Señor, pues la Biblia nos conduce hacia ese objetivo; pero el Señor siempre será el mismo Señor Jesucristo. Cuando el apóstol Pedro (*1° P. 5:1.7*) aconseja a los pastores, les anuncia que un día aparecerá el Príncipe de los pastores para entregarles «la corona incorruptible de gloria». Esto no lo hará ningún otro pastor, sino sólo El.

En este mismo texto vemos algunas de las características que debe tener el imitador del Buen Pastor.

a) (vers. 2-3).

Debe apacentar o pastorear la grey de Dios con cuidado, no forzado, sino con ánimo pronto, voluntariamente, no yendo detrás de beneficios materiales, ni abusando de autoridad (señorío), y siendo ejemplo para que otros puedan imitarlo.

b) (vers.5)

En este versículo autoriza que formen parte del elenco pastoral los más jóvenes, condicionado al hecho de estar sujetos a los más ancianos (tal como dice Pablo a Timoteo en *1º Tim. 3:6*, a fin de que el que pastorea, aunque sea joven no sea un neófito).

Además hace llegar la sujeción no solamente a los ancianos, sino también a otros, puesto que en determinadas ocasiones había que compartir el pastorado con algún otro pastor.

c) (vers. 6)

Debe cubrirse de humildad. La autoridad de parte de Dios no tiene parte con la soberbia, tal como dice el versículo anterior, para poder llegar a sentir el halago de Dios al exaltarle cuando llegue el tiempo oportuno.

El pastor no debe caer en la tentación de alabarse a sí mismo, para que Dios tenga la oportunidad de alabar al pastor tal como leemos en *2º a los Corintios 10:18*.

d) (vers. 7)

El trabajo pastoral conlleva problemas, ansiedades y tristezas; el apóstol Pablo habla de ello en *2º a los Corintios 11:28* «*lo que sobre mí se agolpa cada día, la preocupación por todas las iglesias*».

En el texto que analizamos de *1º de Pedro*, vemos que toda ansiedad debe ser echada sobre nuestro Señor, porque El es el que cuida de los pastores.

Esta es la forma en que se habrá logrado la identificación del pastor con el Buen Pastor, guardando la distancia que siempre nos diferencia de El, por más identificados con El que estemos.

B.- DIFERENCIA

Ampliando lo que se ha argumentado en el apartado anterior, diremos que el Señor no sólo se presenta como el Buen Pastor, sino que también declara que es el Salvador.

En el *capítulo 10 del evangelio de Juan*, el Buen Pastor ha declarado anteriormente que El es la puerta de las ovejas (*vers. 7*), y más adelante dice que quien entre por El será salvo (*vers.9*). Después de esto recién se presenta como el Buen Pastor (*vers. 11*), pero antes habrá dicho que El ha venido para que tengamos vida, y vida en abundancia (*vers. 10*).

Ningún pastor, por imitador de Cristo que sea, nunca será la puerta; en todo caso, el portero, pero ahí es donde cada pastor debe tener presente «*no hay otro **NOMBRE** en que podamos ser salvos sino en el Nombre de Jesucristo*» (*Hch.4: 12*).

Aun en el cumplimiento del texto de *1º de Juan 3:16* donde se nos ordena poner la vida por nuestros hermanos; ni aun haciéndolo literalmente, conseguirá alguien salvar a otro de la condenación eterna, puesto que muerte redentora sólo fue la muerte

vicaria del Señor Jesucristo en todo el transcurso de la historia pasada, presente y futura.

Con todo lo dicho podemos apreciar la diferencia que siempre existirá, entre los buenos pastores y el Buen Pastor.

En el punto A, hemos visto un aspecto de la diferencia entre Cristo y sus seguidores, y en este apartado tratamos de ver la gran diferencia entre un pastor y el Salvador.

Lo que hay que tener en cuenta para ejercer un pastorado que cuente con la aprobación de Dios, es que las almas que se conviertan por la predicación o por los oficios del pastor serán posesión del Señor, puesto que El es quien redime.

Esto también indica que los pastores no son dueños del rebaño, pues el precio de compra de las ovejas siempre es la sangre preciosa de Cristo (1° P 1:18.20).

La mayor diferencia o distancia en ésta es que el Pastor sea Bueno y el otro pastorcito ni siquiera sea bueno, sino que sea un mal pastor. Cuando busquemos la semejanza (que es lo que veremos en el próximo punto), podremos establecer la lógica diferencia.

C.- SEMEJANZA

La semejanza con el Señor que debe tener un pastor que se precie de serlo, llega a cotas muy elevadas en la valorización de la vida espiritual; tanto que literalmente leemos en el *versículo 11 del capítulo 10 del evangelio de Juan*: «Yo soy el Buen Pastor, el Buen Pastor **su vida** da por las ovejas». Esto es lo mismo que Pablo expresa en *Filipenses 3:10* «...a fin de conocerle... y ser semejante a El en su muerte».

Lo mismo es lo que hemos dicho con respecto a 1° de Juan 3:16 y que repetimos ahora: «...también nosotros debemos poner nuestra vida por los hermanos».

La fidelidad de un creyente, y con más razón, la de un pastor, para llegar a obtener la corona de la vida es «...hasta la muerte» (Ap.2:10).

El compromiso con Cristo ha de ser total y hasta las últimas consecuencias.

La escala de valores para ejercer un ministerio pastoral semejante al del Señor Jesús, es poniendo primero a Dios, después al prójimo, y por último a uno mismo. Esta escala de valores puede ser la de un buen pastor, si éste valora lo eterno por encima de lo temporal; lo que no vemos por encima de lo que vemos (2° Cor. 4:18).

La exaltación de Cristo se ve más clara en el estado de su humillación, puesto que nunca dejó de ser Dios, aun en la agonía de la cruz. El pastor bueno no tiene que temerle a la humillación del último lugar si no subestima la importancia del ministerio que Dios le ha dado.

Sabiendo quién se es y qué se hace, la opinión o la burla de los demás tendrá poca o ninguna importancia. Si no se usa ese criterio, la escala de valores empezará siempre por el individuo, poniendo en segundo lugar a Dios, y en el tercero al prójimo.

«Humillaos, pues, bajo la poderosa mano de Dios, para que El os exalte a su tiempo» (1° P. 5:6).

D.- RELACION CON LAS OVEJAS

Toda obra de Dios, que no está fuera de la Iglesia, prospera con una prosperidad coherente y espiritual siempre que se desarrolle alrededor de la casa pastoral. Cuando la casa pastoral está cerrada por amor a la privacidad hogareña, la obra de Dios, salvo raras excepciones, no prospera. Aquí es donde se debe hacer un llamado a la esposa del pastor, que casi siempre es la que tiene el cuidado de mantener la congregación a distancia; aunque hay casos en que no es así, y la esposa sufre, porque es el propio pastor el que se relaciona con la congregación, únicamente a la hora del culto general, o en alguna reunión de iglesia.

La declaración que hace el Señor Jesús en Juan 10:14 «...*conozco mis ovejas, y las mías me conocen*», demuestra que el pastor debe estar tan relacionado con la grey, al punto de que el conocimiento sea recíproco. Conocer a las ovejas implica estar en contacto con ellas, en el púlpito y fuera de él, visitar las casas de los creyentes e interesarse por su estado físico, material y espiritual.

Que las ovejas conozcan al pastor, implica no estar cerrado, sino mostrarse sencillo, pero que las ovejas no vean la desnudez del padre. No impedir que se vislumbren sus emociones, ante todo, cuando la presencia de Dios se manifiesta, apareciendo sensible ante todo lo que descienda de lo alto.

Con todo esto se debe tener sumo cuidado, como hemos señalado, de no mostrar las debilidades, que como cristiano que lucha, caminando hacia la madurez, se tienen, pero que la grey puede suponer, mas no mirar. Y esto también estará a cargo de quien quiera desarrollar un ministerio pastoral con autoridad, pero no apareciendo como un super hombre, sino como un cristiano empeñado en vencer toda tentación. Este escondrijo de los ojos de los demás, de ninguna manera es un signo de hipocresía, sino uno de los aspectos difíciles en el ministerio: autoridad en humildad. Esto también se puede conseguir en Cristo (*Fil. 4:13*).

El depender en todo de Cristo no exime a nadie de luchar para conseguir vivir sin pecado. Esta autoridad en humildad no se podrá alcanzar si echamos otra vez el fundamento de los arrepentimientos (*Heb. 6:1*).

Con todo lo expuesto, volvemos a insistir, que la apertura de la casa será hecha de una manera fácil y alegre. Un hombre público como es el pastor debe saber que su privacidad no es como la de los demás.

Nos oponemos decididamente al culto que se hace a la privacidad en ciertas esferas sociales y eclesiásticas.

E.- VOCACION MISIONERA

Cuando el Señor dice: «*También tengo otras ovejas que no son de este redil; aquellas también debo traer*» (*Jn. 10:16*), está indicando que la visión del pastor no debe estar circunscrita a la congregación que pastorea en un determinado lugar geográfico, sino que debe tener la vista muy larga y el corazón muy ancho, para ser testigo no sólo «*en Jerusalén, sino en Judea, Samaria y hasta lo último de la tierra*» (*Hch. 1:8*).

Hay algunos pastores, con buenas intenciones, que solamente tienen la visión de su propio redil, y por temor a descuidarlo, no expanden el Reino de Dios más allá de sus estrechas fronteras. Esto no sólo es impropio con respecto al mandato misionero

que nos ordenó el Señor, sino que es una mala estrategia para el propio crecimiento de la iglesia local.

La poca visión que este celo mal entendido reporta, es a causa de fijar la vista en la cantidad de ovejas de un redil espectacular, y no en el mandato de extenderse a otros lugares, quizás sin tanta espectacularidad, pero obedeciendo al mandato del Señor.

No pierde efectividad, de ninguna manera, el axioma de «*bendiciendo te bendeciré*» (Gén. 12:3), que marca el mismo principio de la reciprocidad en las bendiciones que se prodigan.

«*Dad, y se os dará*» (Lc. 6:38), es otra declaración que marca el mismo principio.

En primer lugar, no se debe poner la mirada en los números de la feligresía, pretendiendo tener una iglesia espectacularmente numerosa; no es éste un indicio fiable de crecimiento espiritual.

En segundo lugar esta estrategia falla por los principios que con anterioridad se han anotado. Si se busca el crecimiento de la iglesia local en número de creyentes, sin un espíritu especulativo hay que aplicar el principio de la reciprocidad. Hay iglesias muy numerosas que se desprendieron de algunos de sus miembros más notables, enviándoles a bendecir a otras en lugares distantes, y Dios siempre cumplió la palabra dada «*dad, y se os dará*».

En tercer lugar el pastor debe estar dispuesto a dejar su iglesia local, para ir a bendecir a otro lugar en cualquier circunstancia en que se encuentren, tanto él como la iglesia.

Para que esto se realice en paz con Dios, con uno mismo y con la congregación, es imprescindible tener un oído espiritual muy fino, para escuchar la voz de Dios, por cualquiera de los canales que El ha establecido.

La permanencia o el traslado del pastor, siempre vendrá por mandato divino, con la aprobación del ministerio apostólico que Dios haya puesto sobre dicho pastor.

CAPITULO IV

ACTITUD PASTORAL

Cuando se habla de derechos, nunca debemos poner los nuestros en primer lugar, pero cuando se trata de considerar los deberes, sí debemos hacerlo.

Cuando se trata de recibir bendiciones, debemos pensar primeramente en darlas, para estar de acuerdo con *1° a los Corintios 10:24*: «*Ninguno busque su propio interés, sino el del otro*».

Es obvio que se tendrá que estar preparado y suficientemente lleno del Espíritu Santo, para poder prodigar dichas bendiciones.

Debemos comenzar por examinar nuestra propias actitudes, teniendo en claro los deberes que hacia nosotros mismos nos corresponde tener en cuenta, y después equiparnos debidamente, para transmitir a los demás las bendiciones que debemos dar en nuestra función pastoral.

Tomemos la *1° epístola a Timoteo*, para considerar las actitudes a asumir en esta tarea.

A.- HACIA SI MISMO

Enfocaremos la actitud pastoral hacia uno mismo desde cinco aspectos, a saber: la doctrina, la jerarquía, la coherencia, el conocimiento intelectual y la santidad.

a) Aspecto doctrinal.

El aspecto doctrinal lo trataremos en primer lugar, pues es el que marca el camino del testimonio del pastor.

En *1° Timoteo 3:15.16*, se nos habla de la conducta que debe tener el discípulo de Pablo, ya que está para liderar el rebaño de «*la casa de Dios, que es la Iglesia del Dios viviente, columna y baluarte de la verdad*»; y para ello le describe el «*ministerio de la piedad*» que es fundamento de la doctrina cristiana:

- * Dios manifestado en carne en la persona de Jesucristo.
- * El Espíritu dando testimonio de Cristo (Mt. 3:16).
- * Visto de los ángeles: después de la tentación; en Getsemaní; en el sepulcro, en la ascensión.
- * Predicado a los gentiles (Pedro-Pablo-Felipe).
- * Creído en el mundo: las almas redimidas en la tierra y en el cielo.
- * Recibido arriba en gloria (Hch. 2:33; Ro. 8:34; Hch, 7:56; Ef. 1:20; 1° P.3:22).

Lo más destacado de este ministerio de la piedad es la demostración de las dos naturalezas y una persona, en Cristo.

Lo que sigue después es el imprescindible resultado que se refiere a la persona del Señor.

En *1° a Timoteo 4:16*, le dice Pablo a Timoteo que tenga cuidado de sí mismo y de la doctrina, ya que le ha advertido anteriormente que «*en los últimos tiempos algunos apostatarán de la fe, escuchando a espíritus engañadores y a doctrinas de demonios*» (*1° Tim. 4:1*).

Esto será un ataque a la doctrina y a quien la enseña.

Después de darle un ejemplo de cómo puede introducirse la falsa doctrina en la prácticas «*que con hipocresía hablarán mentira, teniendo cauterizada la conciencia, prohibirán casarse, y mandarán abstenerse de alimentos que Dios creó para que con acción de gracias participasen de ellos los creyentes y los que han conocido la verdad*» (vers. 2 y 3), le dice que se afirme «*en la palabra de Dios y la oración*» (vers. 5).

Finalmente le exhorta a que se «*nutra con la palabra de la fe y de la buena doctrina que ha seguido*» (vers. 6). Todo lo antedicho nos sugiere un orden acerca de la actitud a seguir hacia uno mismo en el aspecto doctrinal:

- 1.- Afirmación de la doctrina.
- 2.- Advertencia del ataque hacia la doctrina.
- 3.- Defensa de la doctrina con la palabra y la oración.
- 4.- Necesidad de nutrirse de sana doctrina para defender la misma.

b) Aspecto jerárquico.

El texto bíblico que nos acompaña en este aspecto que consideramos, es el de 1° a Timoteo 4:11 «*esto manda y enseña*»; y en ninguna manera podemos prescindir del contexto, porque lo que debe mandar y enseñar el pastor es la manera de vivir ejercitándose para la piedad.

El «mandar» va acompañado del «enseñar», por lo cual entendemos que el aspecto jerárquico está plenamente ligado al aspecto doctrinal, cuyo aspecto señala la manera en que ha de vivir el creyente.

Si el ser humano vive una vida moral, pero no cree en los principios del «*misterio de la piedad*», no está practicando otra cosa que el humanismo, y por lo tanto, está viviendo en una incoherencia.

La jerarquía que tiene el pastor siempre estará fundamentada en la doctrina.

Esto nos lleva a entender que debemos rechazar las opiniones que ridiculizan a los que se esmeran en la doctrina. Algunos predicadores no tienen reparos en mofarse de ellos contraponiendo dos cosas que necesariamente van juntas: la doctrina y la manera de vivir. En favor de esos burladores, pondremos el motivo que algunas veces los incentiva en su burla, que es cuando el estudioso de la doctrina no la vive.

Entonces concluimos en que la jerarquía que debe ostentar el pastor, tiene razón de ser cuando la doctrina no está sólo en el papel, sino en la vida. A pesar de que el ministerio pastoral, de acuerdo a Efesios 4, está en el último lugar en lo que entendemos que es el orden jerárquico, juntamente con el ministerio de maestro, de acuerdo al texto que nos ocupa, ese ministerio está para «mandar y enseñar».

Las dos palabras del texto hablan de la coincidencia que debe tener la vida práctica con la doctrina, lo cual da la necesaria y suficiente jerarquía para el ejercicio de la autoridad que el pastor debe desempeñar.

Otro punto a tener en cuenta en atención a este aspecto es el de su propia sujeción a los ministerios superiores para ejercer esa autoridad proveniente de una jerarquía sumisa.

Por lo tanto, al tratar la actitud pastoral en su aspecto jerárquico con respeto a sí mismo, entendemos que esta jerarquía del pastor esta basada en su autodisciplina, en una doctrina viva, y a su sujeción a quienes el Señor ha puesto por encima de este ministerio que estamos tratando en todo el volumen de esta humilde obra.

c) Aspecto de coherencia.

Este aspecto es concurrente al que hemos tratado en el anterior apartado. Sin embargo la diferencia estriba que en el que antecede hemos tratado de la necesidad de la coincidencia entre la vida y la doctrina para ejercer la jerarquía. Y en este aspecto trataremos el camino por donde transcurre la conducta a seguir puntualmente, después que se ha reconocido la jerarquía en la base de la concordancia entre doctrina y práctica.

El primer punto que toca el apóstol es el de «*que nadie menosprecie tu juventud*».

La jerarquía que tenía que poseer Timoteo no era en base a sus años ni a su experiencia. Es bueno que tengamos en cuenta estas dos cosas y que las respetemos, pero tengamos en cuenta que la jerarquía la da el conocimiento de la palabra y nada más, sólo el conocimiento de las Escrituras con el Espíritu Santo para que las Escrituras no lleguen a ser letra que mate.

Después de esta advertencia en cuanto a los pocos años de Timoteo, Pablo le dice a éste, que tiene que vivir una vida ejemplar, ya que se ha reconocido su autoridad, a pesar de su juventud; añadiéndole que sea ejemplo de los creyentes en: «*palabra, conducta, amor, fe y pureza*».

Vivir una vida en esas virtudes, hace al aspecto de coherencia que, necesariamente, debe poseer quien es reconocido en su jerarquía.

d) Aspecto intelectual.

El aspecto intelectual es el que tiene que ver con el estudio de la Biblia. Es preciso llenar la mente de este conocimiento, lo mismo que del Espíritu Santo nuestro espíritu, a fin de tener un discernimiento espiritual que nos lleve a poder decir con Pablo «*nosotros tenemos la mente de Cristo*» (1° Cor. 2:15.16).

El pastor debe cuidar ese aspecto que abarca la mente y el espíritu con mucho esmero, sobre todo cuando el Espíritu Santo se mueve, y también cuando hay muchas necesidades en la Iglesia, de cualquier índole que éstas fueren.

En el primer caso, hay una buena cantidad de personas que no ponen atención a los mensajes de la palabra, y sólo esperan que el Espíritu Santo se manifieste.

Ahí es donde se corre el peligro de que se confundan las manifestaciones del Espíritu, con otra clase de manifestaciones que no tienen nada que ver con el Espíritu de Dios.

Los que seguían al Señor por las señales no gozaban de la confianza de Cristo (Jn. 2:23.24).

En el segundo caso, cuando son muchas las necesidades, proliferan alrededor de la iglesia, personas que se aprovechan de esa situación, y el pastor que no está lleno del conocimiento de las Escrituras y del poder de Dios, no sabrá distinguir a la gente que está en realidad necesitada, de los aprovechadores. Y esto será así siempre.

Lo más triste será no saber tomar la dirección correcta que el Señor está marcando a la congregación; por esta razón, Pablo manda a su discípulo que se ocupe en la lectura, no para empacharse de intelectualismo, sino para «*exhortar y enseñar*» (1° Tim. 4:13).

e) Aspecto de santidad.

En 1° a Timoteo 4:1, Pablo advierte a Timoteo que en los últimos tiempos vendrán «*espíritus de error y doctrinas de demonios*», que indudablemente, traería relatos mentirosos; por lo tanto, debía estar bien preparado en cuanto a lo doctrinal para hacer frente a esos sucesos, que entre los creyentes de aquel entonces, se estimaba serían de orden inmediato, aunque algunos lo tuvieran por tardanza (2° P. 3:9).

Ya hemos visto la coherencia que debe existir entre el aspecto doctrinal y el jerárquico, donde hemos explicado los dos aspectos de la piedad (1° Tim. 3:14.16). Podemos leer, aclarado esto, que **piedad** equivale a **santidad**.

Para poder vivir en esta santidad, Timoteo debía ejercitarse en ella, puesto que este ejercicio tenía *«promesa de esta vida presente y de la venidera»* (1° Tim. 4:7.8).

No creemos que Pablo rechazara, por profano, el ejercicio corporal, pues lo usa como ejemplo en otros lugares: (1° Cor. 9:24; 2° Tim. 2:5); pero sí que establece la diferencia entre lo corporal y pasajero, de lo espiritual y eterno.

La santidad y el ejercicio de la misma, es para estar siempre preparado y ganar el premio: *«Corred de tal manera que lo obtengáis»* (1° Cor. 9:24). Y para eso, *«golpea su cuerpo y lo pone en servidumbre»* (vers. 27). Una manera efectiva de ejercicio para mantener en estado el ser completo.

El trato severo del cuerpo, entiendo que no es el flagelo literal que algunas prácticas religiosas de la Edad Media llevaban a cabo, pero sí es la severidad en la abstinencia de las apetencias carnales o naturales que mantiene viva la santidad en la vida cristiana y que no debe faltar en la vida de un pastor.

El ministerio pastoral trasciende las fronteras de la mente, es más que una carrera pedestre o de obstáculos; es *«la carrera que tenemos por delante»* y la tenemos que correr, indefectiblemente, *«puestos los ojos en Jesús»* (Heb.12:2). Por eso es necesario ese ejercicio corporal y espiritual que la Escritura nos propone.

Es cierto que nos hará doler la carne, pero vale la pena. Ser pastor y sufrir por serlo no es tan grave, ya que para todo creyente, no es de comparar *«las aflicciones del tiempo presente, con la gloria venidera que nos ha de ser manifestada»* (Ro. 8:18).

B.- HACIA LOS DEMAS

Cuando nos referimos a **los demás** generalmente pensamos en aquellos creyentes que están al cuidado del pastor, es decir: la grey. Sin embargo, debemos saber, que hay otros **«demás»** que están por encima del pastor, como son los apóstoles y profetas, a los cuales, el pastor debe estar sujeto. La autoridad pastoral depende del espíritu de sumisión que el pastor tenga hacia aquellos que Dios ha puesto en una jerarquía superior.

Pero de lo que vamos a ocuparnos de inmediato es de la actitud que el pastor debe tomar hacia aquellos que están bajo su cuidado.

a) El trato a toda la grey.

La escritura que tomamos para referirnos a este aspecto es: 1° a Timoteo 5:1.5. Podríamos tomar otras escrituras juntamente con ésta, pero no lo hacemos para no extendernos demasiado en este trabajo, al que tratamos de hacer lo más breve e inteligible posible. En varias escrituras abundan los consejos para los ministros del Señor.

Hemos tomado, principalmente, los consejos dados por Pablo a Timoteo, por encontrarlos muy directos y concretos de un apóstol a un pastor, cosa que no cabe la menor duda que es así.

1) Con respecto a los ancianos.

Al referirse a los ancianos en el 1° versículo, entendemos que estos ancianos son los que tienen muchos años, por lo menos muchos más que Timoteo; no se refiere a los ancianos en el cargo que tienen los que ocupan ese ministerio de sobreveedores en la Iglesia, sino, como hemos dicho, los ancianos en edad.

Viene muy bien esa exhortación en estos días, en los que es evidente cuánto se ha perdido el respeto a la gente mayor. Le está prohibido al pastor reprender a estos

ancianos, es decir, levantarles la voz, y se le recomienda al mismo, medir las palabras que se usen para llamar la atención al anciano, por algo incorrecto que hubiera cometido.

Nos ha venido bien considerar con anterioridad lo que respecta al sistema patriarcal, pues, el pastor necesitará entender esta enseñanza para cuando deba exhortar a un anciano.

La autoridad del pastor llega hasta la necesidad de corregir a su propio padre; pero esto debe ser hecho considerando la diferencia de edad.

Este es un asunto muy delicado, pues lo común y corriente es que los padres corrijan a los hijos. Mas, en este caso, es un hijo que debe corregir al padre, siendo a su vez, como un padre del mismo; y aunque esto parezca un trabalenguas, es el sentido del consejo apostólico. Sin embargo, al igual que todo lo espiritual, no es éste un asunto complicado.

Concluimos diciendo que el pastor, el cual esta autorizado para corregir al anciano, debe hacerlo con suma prudencia; mas no debe evitar la corrección.

2) *Con respecto a los jóvenes.*

Aquí las distancias se acortan. Si el pastor es mayor que el joven al que tiene que corregir o exhortar, deberá hacerlo como un padre joven y espiritual. Si es de su misma edad, que es lo que el texto que nos ocupa da a entender, debe hacerlo con la misma prudencia que empleó en el caso de los ancianos, aunque con una cordialidad diferente, pues no está exhortando a un padre, sino a un hermano del cual deberá ser amigo.

El pastor deberá evitar exhibir su superioridad ministerial, sin olvidar que la tiene.

Deberá ser hermano y amigo tanto de los jóvenes, como de la grey en general, no teniendo señorío sobre la misma, tal como dice *1° de Pedro 5:2.3: "Pastoread la grey de Dios que está entre vosotros, cuidando de ella, no forzados, sino voluntariamente; no por ganancia deshonestas, sino con ánimo pronto; ni como teniendo señorío sobre los que están a vuestro cuidado, sino siendo ejemplos de la grey".*

Para mantener esa autoridad que como pastor debe tener el que ejerce este ministerio, debe tener muy en cuenta «ser ejemplo de la grey» como dice el texto de *1° de Pedro, y como advierte Pablo a Timoteo en su primera carta (4:12): «Que nadie menosprecie tu juventud, sino sé ejemplo de los creyentes en palabra, conducta, amor, espíritu, fe y pureza».*

3) *Con respecto a las ancianas.*

Aunque está escrito en la Biblia que en Cristo no hay varón ni mujer (*Gál. 3:28*), tenemos que entender que Pablo dijo esto a los gálatas para explicarles que no existen dos pueblos diferentes en el Reino de Dios.

La realidad es que existen dos sexos bien diferenciados, ya que el llamado unisex, será usado en cuanto a la moda en el vestido o en el peinado, pero no tiene valor en la grey del Señor.

La mujer, debido a su mayor sensibilidad, requiere un trato más delicado que el hombre; y si a los ancianos es preciso tratarlos como a padres, las ancianas serán tratadas como madres, aunque algunas de ellas no lo hayan sido jamás en lo natural, puesto que cada mujer es una madre en potencia.

4) *Con respecto a las jovencitas.*

Aunque no conocemos el estado civil de Timoteo, sí sabemos que era un joven.

Hoy en día esta exhortación a tratar a las jovencitas con toda pureza, tiene un significado mayor que en tiempos pasados, pues debido a la vida moderna, la juventud

tiene mucho de irrespetuosa. No es sólo la falta de respeto en general hacia la ancianidad, sino que debido a la libertad sexual y al avance del feminismo, la irrespetuosidad cambia de nombre y se la llama confianza e igualdad.

Una escena romántica en estos días resulta hasta ridícula para los jóvenes. Es importante añadir que esto no me lo hacen decir mis años, que son bastantes, sino las escenas que se ven en la vida diaria y que se han hecho populares a través de los medios de difusión.

Una escena romántica, sin perjuicio de la atracción sexual, es un acto delicado y correcto, que se debiera vivir en el trato de un hombre con una mujer, ajustándose desde luego a la moralidad que las Escrituras nos enseñan.

Todo lo que antecede está dicho de paso, ya que lo que nos interesa saber de lo que Pablo quiere señalar a Timoteo, y que le repite en su segunda carta es: *«Huye también de las pasiones juveniles»* (2:22).

En la convivencia entre varones y señoritas en los seminarios de preparación bíblica, se deberá tener presente el trato puro que se aconseja aquí, lo cual será posible con seriedad y respeto mutuos.

Ampliaremos esto más adelante.

5) *Con respecto a las viudas.*

Este apartado es mucho más extenso en la epístola, pues parece que con las viudas se originaban problemas más serios (1° Tim. 5:3.16).

El apóstol hace una distinción entre ellas: las que en verdad son viudas y las que no lo son.

Las primeras están solas y perseveran en la oración día y noche (vers. 5), mientras que las otras se entregan a los placeres (vers.6).

Luego Pablo aconseja a su discípulo que advierta a los familiares de ellas que las cuiden (vers. 4:8), de lo contrario serán peor que los incrédulos. La Iglesia tenía la obligación de proveer para ellas, con algunos requisitos, puesto que algunas viudas jóvenes caían en el ocio y en el chisme (vers. 9-15). Estas últimas no deben ser abandonadas por sus familiares para que no sea gravada la Iglesia.

Lo que nos ocupa es un problema que modernamente tiene alguna variación, ya que hoy existen pensiones para la viudez que antes no existían, pero es bueno tener en cuenta esta regla que aconseja Pablo, ya que la Iglesia no debe desatender la obra social, y en mayor grado la que va dirigida a los creyentes; pues es muy claro lo que expresa el mismo apóstol Pablo: *«... hagamos el bien a todos, y mayormente a nuestros familiares en la fe»* (Gál. 6:10).

El Señor no ordenó al Estado que hiciera la obra social, sino a los creyentes, a la Iglesia.

b) El sostén de los obreros

Dice 1° a Timoteo 5:17.18 *«los ancianos que gobiernan bien, sean tenidos por dignos de doble honor, principalmente los que trabajan en predicar y enseñar.*

Pues la Escritura dice: No pondrás bozal al buey que trilla; y: Digno es el obrero de su salario».

Los obreros que se destacan en este pasaje son los ancianos, no los ancianos en años, sino aquellos que forman el plantel del gobierno de la Iglesia.

Para ser dignos de su salario, les es preciso trabajar en la obra.

Hay quienes trabajan y no perciben salario, y hay quienes no trabajan y lo perciben. Ninguna de las dos posiciones es la correcta.

Son dignos de doble honor, o de doble recompensa, quienes gobiernan bien; pues requiere eficiencia todo lo que atañe a la obra de Dios.

Seguramente esto queda dicho como estímulo para que se tome en serio el trabajo que se desempeña.

Se hace mención especial del que predica y del que enseña, dándole a entender Pablo a Timoteo, el cuidado que debe tener en la doctrina (1° Tim. 4:16).

Este sostén que procura el apóstol que perciban los ancianos, no es sólo el económico, puesto que en el *versículo 19* habla de la probable acusación que puede tener un anciano, y enfatiza las garantías que se deben requerir para admitir tal acusación.

La seguridad social bien entendida debería comenzar en la Iglesia.

He conocido instituciones cristianas, eclesiásticas, y para eclesiásticas que despiden a sus obreros sin ningún tipo de reconocimiento, aun cuando han sido fieles durante todo su desempeño en la institución; y esto no debe ser así, porque la Iglesia debe responsabilizarse de los obreros del Señor, y para ello es necesario que haya generosidad en las ofrendas y en los diezmos.

El obrero del Señor debe estar bien protegido.

Habrán momentos para vivir en escasez, pero en ellos no se debe ver comprometida la Iglesia.

c) Administración de la disciplina

1° Tim. 5:19.20.- «Contra un anciano no admitas acusación a no ser sobre la base de dos o tres testigos. A los que persisten en pecar, repréndelos delante de todos, para que los demás tengan temor».

En la aplicación de este servicio es necesario ejercer mucho equilibrio, ya que en todas las épocas se ha ido de un extremo a otro. Y en el tiempo presente esto se nota bastante. Unos por mucho y otros por poco; por un lado la fuerte y pública disciplina por cosas que, sin dejar pasar por alto, conviene que el amor se vea actuando; por el otro lado, debido a componendas familiares o amiguismos se dejan sin disciplinar cosas que merecen una buena reprensión.

En el texto del encabezamiento, se nos muestra que nadie queda exento de que le sea aplicada disciplina, en caso de merecerla. Aun los mismos siervos que ministran públicamente en la Iglesia, tal como son los ancianos, no escapan a esta corrección si la merecen. Sin embargo con ellos hay que ir con sumo cuidado, no haciéndola pública, sino extendiéndola, si la acusación así lo admite a dos o tres testigos solamente.

El espíritu de este texto indica cautela, lo cual nos hace proceder a esconder la falta todo lo que se pueda, pues el autorizarnos a admitir la acusación por más de un testigo; no quiere decir que la falta debe ser expuesta delante de toda la congregación, como algunas iglesias lo hacen. Son suficientes dos o tres testigos para saber de qué se trata; y no debe trascender, ni la acusación ni la aplicación de la disciplina a nadie más.

En el *versículo 20* se trata de la otra posibilidad, cuando se han agotado en una persona (quedando excluido el presbiterio), todas las instancias de prudencia y de secreto, y esa persona persiste en pecar, ya no hay pecado que esconder, sino que la reprensión ha de ser *«delante de todos»*.

Algunos pastores no entienden la salvedad que se hace para la reprensión pública: *«a los que persisten en pecar»*. La reprensión al descubierto sólo es admitida en este

caso excepcional, pues la regla es que **con amor** «*cubramos los pecados*», y no que los exhibamos a toda la congregación y aun, a veces, como algunos lo hacen, fuera de la congregación, no interesados en la restauración del que peca, sino llevados, incluso, por rencores y enemistades, o simplemente por falta de simpatía. La lectura de *1° de Pedro 4:8* hará mucho bien para ese caso concreto, a fin de cultivar un espíritu perdonador y restaurador.

d) Pureza.

1° a Timoteo 5:22.- «No impongas con ligereza las manos a ninguno, ni participes en pecados ajenos. Consérvate puro».

En este mismo capítulo, al referirse al trato del joven pastor con las jovencitas (*vers. 2*), hemos visto el tema de la pureza; aquí (*vers. 22*) se amplía la cuestión, advirtiéndole el apóstol al pastor que tenga cuidado de contaminarse. En el final de este versículo, Pablo dice «*consérvate puro*», y este final viene después de exhortarle a no imponer las manos con ligereza sobre nadie; pues si lo hace corre el riesgo de participar en pecados ajenos. Así que la pureza a que se refiere el apóstol en este caso, no es la que tiene que ver con «*las pasiones juveniles*» (*2° Tim. 2:22*), sino que conservarse puro es no contaminarse a través de la imposición de manos.

Hoy día ese ejercicio **bíblico**, juntamente con el exorcismo está muy difundido y practicado; y si no extremamos la prudencia a algunos les puede ocurrir algo similar a lo que les ocurrió a los siete hijos de un tal Esceva (*Hch. 19:14.16*).

En el texto a Timoteo que nos ocupa, se ve la posibilidad de contaminarse si no hay un gran cuidado santificador en la vida de los que ministran. Tan así es que se puede llegar a participar de los pecados de aquellos a quien se pretende bendecir.

También, por otro lado, se puede estar tratando de comunicar algún don que no es la voluntad de Dios que se comunique, por lo que no surtirá efecto la imposición de manos, o puede suceder lo peor, que es que se cambie la bendición por algo contrario, es decir, perjudicando a quien se pretende hacer un bien.

Tratando el tema de la pureza, y viendo la recomendación hecha a un joven, no podemos dejar de fijar nuestra mirada en la pureza sexual.

Sólo diremos al respecto, que Timoteo debió ser un joven puro, pues Pablo le dice que se conserve así.

e) Sobre la economía

1° a Timoteo 6:8.10.- «Así que, teniendo sustento y abrigo, estemos contentos con esto. Por que los que quieren enriquecerse caen en tentación y lazo, y en muchas codicias necias y dañosas, que hunden a los hombres en ruina y perdición; porque raíz de todos los males es el amor al dinero, el cual codiciando algunos, se extraviaron de la fe, y se traspasaron a sí mismos con muchos dolores».

En oposición a tan promocionada teología de la prosperidad, el apóstol Pablo aconseja a Timoteo que no vaya tras las posesiones materiales, antes bien, le dice claramente que se contente con tener «*sustento y abrigo*» (*vers. 8*).

Le previene del peligro que corren los que quieren enriquecerse, porque «*caen en tentación y lazo (del diablo), y en muchas codicias necias y dañosas, que hunden a los hombres en ruina y perdición*» (*vers. 9*); y sigue en el versículo 10: «*porque raíz de todos los males es el amor al dinero*».

Como introducción a lo que decía en estos versículos, advierte a su discípulo que lo que dirá seguidamente es para poner en vigencia: «*las sanas palabras, las de nuestro Señor Jesucristo, y a la doctrina que es conforme a la piedad*» (*vers. 3*); y como adelantándose a lo que hoy se abre camino, que es la enseñanza a negociar con el

evangelio, dice Pablo que algunos, los que enseñan otra cosa *«suponen que la piedad es una fuente de ganancia»*, y añade: *«apártate de los tales»* (vers. 5).

Debemos hacer tesoros, sí, pero *«en el cielo, donde ni la polilla ni el orín corroen, y donde los ladrones no horadan ni hurtan. Porque donde está tu tesoro, allí también estará tu corazón»* (Mt. 6:20.21).

De ninguna manera aprobamos, ni auspiciamos la pobreza, como algunos, mintiendo, acusan a quienes exponen lo que hemos dicho. Lo que queremos destacar es lo que expresan las Escrituras. También es palabra de Dios en Colosenses 3:1 que no hay que poner la mirada en las cosas de la tierra, sino en las de arriba; y queremos destacar también que debemos estar contentos poseyendo lo elemental (vers. 8).

Si ni siquiera lo elemental se posee, se tendrá que investigar si es causa de negligencia o falta de clamor a Dios, que con todo lo expuesto, sigue exhortándonos a pedirle a El por nuestras necesidades (Lc. 11:9.12), ya que es el dador de todas las cosas (Sant. 1:18).

Y si no quiere contestarnos de inmediato, la insistencia es permitida, pero no la desesperación, ni tampoco la incredulidad.

f) ¿Hasta cuando?

1° a Timoteo 6:13.16.- *«Te mando delante de Dios, que da vida a todas las cosas, y de Jesucristo, que dio testimonio de la buena profesión delante de Poncio Pilato, que guardes el mandamiento sin mácula ni reprensión, hasta la aparición de nuestro Señor Jesucristo, la cual a su debido tiempo mostrará el bienaventurado y único Soberano, Rey de reyes, y Señor de los que gobiernan, el único que posee inmortalidad, que habita en luz inaccesible; a quien ninguno de los hombres ha visto ni puede ver, al cual sea la honra y el dominio sempiterno. Amén»*.

Antes de que Pablo le marque a Timoteo el término de todo lo que le viene diciendo, en el versículo 11 se refiere al tema que nos ha ocupado anteriormente: *«mas tú, hombre de Dios, huye de estas cosas»*; y le marca el camino que debe seguir: *«la Justicia, la piedad, la fe, el amor, la paciencia, la mansedumbre»*, que es todo lo contrario al enriquecimiento material; y por lo tanto, contrario también al enfoque que se sigue en pos de bendiciones temporales. Después, en el versículo 12, le señala no sólo lo que tiene que seguir, sino lo que tiene que hacer: *«pelea la buena batalla de la fe, echa mano de la vida eterna»*; que es el conocimiento de Dios (Jn. 17:3).

Luego le marca la duración del tiempo en que tiene que hacer todo lo que le ha señalado: *«guarda el mandamiento sin mácula ni reprensión, hasta la aparición de nuestro Señor Jesucristo»* (vers. 14).

El motivo de todo lo mandado está en los versículos 15 y 16. La causa que origina el mandamiento es la gloria y la soberanía de Dios.

Todo lo ordenado, parece una carga pesada, pero cabe decir que Pablo no exige a su discípulo lo que él no fue capaz de hacer. Conocemos su trayectoria en parte, y por ese motivo podemos hacer esta afirmación.

El apóstol habrá podido comprobar lo dicho por el Señor: *«mi yugo es cómodo y mi carga ligera»* (Mt. 11:30).

CAPITULO V

LA AUTORIDAD

Cuando se habla de autoridad en estos tiempos, gracias a Dios, democráticos, y ante todo en aquellos pueblos que han vivido un totalitarismo, con el consecuente abuso de autoridad, estas personas se ponen en guardia predispuestas a objetar toda autoridad en el seno de la Iglesia.

A fin de ahuyentar el miedo, cabe aclarar que autoridad nada tiene que ver con autoritarismo, y para mayor tranquilidad recordaremos lo antedicho en el presente trabajo, y es que el pastor debe tener un corazón de padre.

La Iglesia no es un cuartel, tampoco una empresa multinacional. La Iglesia es un hogar, por cuanto uno de sus nombres es «la casa de Dios» (Jn. 14:2). Esto lo debe tener muy en cuenta el pastor al cual Dios le da autoridad y amor de padre.

A.- EL PRINCIPIO DE LA AUTORIDAD

Leemos en el Evangelio de *Lucas, capítulo 7 del 1 al 10* el siguiente relato:

«Después que acabó de dirigir todas estas palabras a los oídos del pueblo, entró en Capernaum.

Estaba enfermo y a punto de morir el siervo de un centurión, a quien éste apreciaba mucho.

Habiendo oído hablar de Jesús, envió adonde él estaba unos ancianos de los judíos, para rogarle que viniera a sanar a su siervo.

Estos se presentaron a Jesús, y le rogaban con insistencia, diciendo: Es digno de que le concedas esto; porque él ama a nuestro pueblo, y él mismo nos ha edificado la sinagoga. Iba Jesús con ellos, y cuando ya no estaba lejos de la casa, el centurión envió a él unos amigos, diciéndole: Señor, no te molestes más; pues no soy tan importante como para que entres bajo mi techo; por lo cual ni me consideré a mí mismo digno de venir a ti; pero dilo de palabra, y mi siervo será sano.

Pues también yo soy un hombre puesto bajo autoridad, y tengo soldados bajo mis órdenes; y le digo a éste: ¡Vé!, y va; y a otro: ¡Ven!, y viene; y a mi siervo: ¡Haz esto!, y lo hace.

Al oír esto, Jesús se quedó maravillado de él, y volviéndose, dijo a la multitud que le seguía: Os digo que ni aun en Israel he hallado una fe tan grande.

Y cuando los que habían sido enviados regresaron a la casa, hallaron sano al siervo que había estado enfermo».

La lectura de este pasaje que nos habla de la sanidad del siervo del centurión, se centra en la declaración del Señor cuando dice: «Os digo que ni aun en Israel he hallado una fe tan grande» (vers. 9).

Esta declaración hecha por el Señor Jesús, es a causa del sometimiento de este hombre a la autoridad que está sobre él, y se admira de la fe del centurión, puesto que éste acaba de enviarle mensajeros, a fin de declararle su indignidad de ser visitado por él y su firme creencia de que el Señor podía sanar a su siervo, aún a la distancia.

Es importante para nuestro estudio la frase «pues yo también soy un hombre bajo autoridad» (vers. 8). Esto indica el principio del ejercicio de la autoridad; que es el estar sujeto a una autoridad superior.

Cotejando esta declaración con algunas escrituras que ordenan la sujeción a terceros que no son Dios, sino seres humanos con un ministerio otorgado por el Señor, marcan el principio de poder ejercer autoridad sobre otros.

Veamos estas escrituras:

«Igualmente, los más jóvenes, estad sujetos a los más ancianos; y todos, sumisos unos a otros, revestíos de humildad; porque: Dios resiste a los soberbios, y da gracia a los humildes» (1° P. 5:5).

«Obedeced a vuestros pastores, y someteos a ellos; porque ellos velan por vuestras almas, como quienes han de dar cuenta; para que lo hagan con alegría, y no quejándose, porque esto no os es provechoso» (Heb. 13:17).

Esta declaración no está hecha por el Señor Jesús en esta ocasión, pero sí que está refrendada por El, a juzgar por lo que expresa en los versículos antes mencionados.

El resultado de este principio es el ejercicio del poder de Dios a través de la fe, que hace que el siervo del centurión resulte sanado.

B.- EJERCICIO DE LA AUTORIDAD

Veremos en esta sección cinco peldaños que llevan al ejercicio de la autoridad bien respaldada.

a) El fundamento de la Iglesia.

Efesios 2:19.22.- «Así que ya no sois extranjeros ni advenedizos, sino conciudadanos de los santos, y miembros de la familia de Dios, sobreedificados sobre el fundamento de los apóstoles y profetas, siendo la principal piedra del ángulo Jesucristo mismo, en quien todo el edificio, bien ajustado, va creciendo para ser un santuario sagrado en el Señor; en quien también vosotros sois juntamente edificados para morada de Dios en el Espíritu».

Es evidente que la autoridad principal está en la persona de Dios. Por lo cual toda autoridad que se pretenda ejercer, tendrá que estar cimentada en el Señor. En este caso, y de acuerdo a la lectura del texto de referencia, la piedra angular de todo el fundamento de la Iglesia, que garantiza autoridad es «Jesucristo mismo».

Como miembro «de la familia de Dios» (vers. 19) y «conciudadano de los santos», el pastor tiene su vida cimentada sobre «el fundamento de los apóstoles y profetas» (vers. 20) que están, a su vez, cimentados en la «piedra angular», en «quien todo el edificio, bien ajustado, va creciendo para ser un santuario sagrado en el Señor» (vers. 21).

Esta es una clara referencia, como hemos señalado, a la Iglesia. No se puede ejercer autoridad, pretendiendo estar sujeto de una manera independiente al Señor. El no está despegado de la Iglesia; y la Iglesia, bien ajustada, está cimentada en los apóstoles y profetas, que a su vez están sobre la piedra angular que es «Jesucristo mismo».

El ejercicio de la autoridad pastoral en la Iglesia del Señor, está pidiendo a gritos el funcionamiento del ministerio apostólico y del ministerio profético, que no son visibles en el tiempo presente.

Tendríamos mucho que agregar al respecto, pero no queremos salirnos del tema que nos ocupa.

b) La imposición de manos.

2° a Timoteo 1:6.- *“Por lo cual te recuerdo que avives el fuego del don de Dios que está en ti por la imposición de mis manos”.*

Pablo le recuerda a Timoteo el día en que recibió el don de Dios por la imposición de sus manos. Recién cuando se está bien plantado sobre el fundamento o piedra angular que es Cristo, como lo estaba Pablo, es que se pueden imponer las manos, con tal autoridad, que se impartan dones con ello.

Pablo ya le ha dicho a Timoteo, que esto lo puede hacer con otros, cuidando de ser prudente. Mientras tanto debe *«avivar el fuego del don que le comunicó»*.

Es pues la imposición de manos una faceta del ejercicio de la autoridad, que puede ser ejercitada tanto por el apóstol como por el pastor, siempre que se tenga en cuenta el no ser apresurado en esto, a lo cual nos referimos detenidamente en el capítulo anterior (1° Tim. 5:22).

Para que no se practique la imposición de manos como una costumbre religiosa, en el mal sentido de la palabra, Timoteo debe impartir el don, sabiendo que en él hay *«fe no fingida»* (vers. 3 y 5), la cual recibió de su abuela y de su madre.

Timoteo debió recordar la carta primera que le escribió su maestro, autorizándole a imponer las manos, lo mismo que el apóstol había hecho con él; y esto es lo que todo pastor debe entender, que la imposición de manos ha de ser hecha con prudencia, teniendo en cuenta, por la revelación del Espíritu Santo, los antecedentes del que va a ser ministrado.

Hoy por hoy, un gran número de pastores y otros hermanos no tienen en cuenta esta sana advertencia, dando así lugar a cosas desagradables.

En la liturgia del Antiguo Testamento, existía la prohibición de derramar el aceite (símbolo del Espíritu Santo) sobre la carne, sin previo derramamiento de sangre; todo ello es simbología de Cristo. En estos tiempos modernos, la unción que se imparte por imposición de manos, se hace tan a la ligera que el aceite cae sobre la carne del inconverso, produciendo, como hemos dicho, cosas desagradables.

El pastor debe ejercer su autoridad en el sentido de imponer las manos, pero no nos cansaremos de decir que se debe actuar con suma **prudencia**, para evitar, aunque más no sea, el descrédito que acarrea el abuso y el mal uso de un verdadero ejercicio espiritual, como es la imposición de manos.

c) El orden jerárquico.

Efesios 4:11.- *“Y él mismo dio: unos, los apóstoles; otros, los profetas; otros, los evangelistas; y otros, los pastores y maestros”.*

Lo que tenemos en este texto, son los cinco ministerios que conllevan autoridad, en un escalafón dispuesto por el mismo Señor.

Los apóstoles y profetas figuran en primer lugar, puesto que son el fundamento que está asentado sobre la piedra angular (Ef. 2:20).

Después están en ese orden jerárquico, los evangelistas, que son, por decirlo de alguna manera, de un rango inferior. El ejemplo de lo que estamos considerando es Felipe, que era uno de los siete elegidos para servir a las mesas (Hch. 6:5; 21:8). Este estaba lleno del Espíritu Santo, y ése era el motivo, a nuestro entender, por lo que podía ejercer autoridad, aunque no independientemente de la Iglesia, a cuyas autoridades debía estar sujeto con cierta autonomía; dependiente de Dios de manera directa, por lo que leemos en su breve aparición en el libro de Los Hechos.

Los pastores y maestros ejercen un ministerio dual, y su autoridad es de orden local, a juzgar por lo que dice Pedro a los pastores: «*Pastoread la grey de Dios que está entre vosotros*» (1° P. 5:2).

Notemos que su autoridad se limita a la localidad en que ejercen el ministerio, por lo que dice: «*la grey de Dios que está entre vosotros*».

Quizás no seremos eminentemente bíblicos, puesto que la Biblia no aclara expresamente este escalafón que hemos propuesto, pero lo hacemos, en primer lugar, porque la interpretación que le damos en el amplio contexto que tiene, nos parece que no es arbitraria; y en segundo lugar, porque lo avalan treinta años de experiencia y ha venido funcionando bien.

Hacemos hincapié en que los pastores deben estar sujetos a un determinado ministerio apostólico, así como lo estaba Timoteo a Pablo, mientras pastoreaba la iglesia local de Efeso.

d) La Iglesia.

1° a Timoteo 3:14.15.- «*Esto te escribo, aunque tengo la esperanza de ir pronto a verte, para que si tardo, sepas cómo debes conducirte en la casa de Dios, que es la Iglesia del Dios viviente, columna y baluarte de la verdad*».

La autoridad que debe ejercer el pastor, como hemos señalado, es dentro de la Iglesia local que, aun cuando es local es «*la Iglesia del Dios viviente*».

Pablo ya le había aconsejado a Timoteo, su discípulo, a todo lo largo de la epístola, la conducta que él debía seguir con toda la grey; y el texto que ahora nos ocupa, es para que no tengamos dudas de que esta conducta no debe ser observada solamente sobre un determinado grupo de personas, como lo indica en el *capítulo 5*, sino en toda la Iglesia en la que ha sido puesto como pastor.

Esta conducta incluye por consiguiente la autoridad que debe ejercer, que estará garantizada por la doctrina de la piedad (*vers. 16*).

En una óptica recíproca, la conducta no es sólo la que le capacita para ejercer autoridad en la Iglesia, sino que le privilegia a estar sujeto a la autoridad del Señor a través del ministerio apostólico.

e) Los apóstoles y el Señor.

1° a los Corintios 11:1.- «*Sed imitadores de mí, así como yo de Cristo*».

Acudimos a este texto, y nos ponemos en contacto con los apóstoles en primer lugar, y acto seguido con el Señor. Así es como funciona el escalafón, la escala de valores en lo que respecta a la actualidad.

Todo pastor que pretenda estar sujeto bajo la jerarquía absoluta de Dios, deberá tener en cuenta, en primera instancia, la autoridad de los apóstoles, que a diferencia de los profetas, cuya autoridad es de índole espiritual, suma a la autoridad espiritual también la **eclesiástica**.

No es que los apóstoles tengan más autoridad que Dios, sería absurdo pensar esto; sino que queremos significar que se debe estar sujeto en primer lugar a ellos, porque Dios mismo ha establecido este orden.

Los apóstoles son hombres que tienen un discernimiento espiritual probado y aprobado, y pueden sacar del error a un pastor con una pretendida revelación espiritual genuina.

Si los apóstoles se equivocan en el discernimiento de la revelación, y ésta es una revelación directa de Dios, El se encargará de arreglar el error con los apóstoles, y si el pastor no está equivocado y deja de cumplir lo que Dios le ordenó en la revelación, estará exento de culpa.

Este es el espíritu de orden que impera en las Escrituras, puesto que Dios, es un Dios de orden y además es justo, hace justicia, y nunca se equivoca.

La ventaja de esta prioridad apostólica, en cuanto al discernimiento en autoridad, es para que el pastor se mantenga en humildad. Quien se humilla ante Dios y no ante los hombres es como el que dice que ama a Dios y no ama a su hermano; es un mentiroso (1° Jn. 4:20.21).

Y no estamos a favor de la mentira sino que andamos en la verdad.

Dios quiere, y todo buen cristiano también, que los pastores que gobiernan bien sean tenidos por dignos de doble honor, ante todo los que se dedican a enseñar y a predicar (1° Tim. 5:17).

Este doble honor reside en la humildad, puesto que el que se humilla será ensalzado (Lc. 14:11).

Terminamos el presente trabajo con cinco declaraciones como resumen de todo lo dicho en cuanto a la jerarquía.

1°.- *Necesidad de una doctrina sólida.*

2°.- *Necesidad de prudencia.*

3°.- *Necesidad de reconocimiento jerárquico.*

4°.- *Necesidad de una visión clara de la Iglesia.*

5°.- *Necesidad de humildad.*

Todo ello servirá al pastor para ejercer una autoridad patriarcal y no totalitaria, pues de ejercer autoridad en Dios y con Dios, se trata.

Este libro se terminó de imprimir en el mes de febrero de 1998, en los Talleres
Gráficos D'Aversa, Vicente López 318.
Quilmes; Buenos Aires. Rep. Argentina.